

# Un Instituto, el Arte y el País

por *Sebastián Salazar Bondy*

El Instituto de Arte Contemporáneo se define como "una asociación para el desarrollo y la difusión de las artes plásticas" en el país, y en esa condición acaba de apelar al público en pos de la ayuda que le es precisa para continuar su labor cultural, iniciada hace tres años como prolongación de la obra de la Galería de Lima. En las salas del jirón Ocoña, en verdad, durante la vida de aquella galería de pintura —cuya función algún día se reconocerá como histórica— y ahora por medio de las actividades de la entidad que nos ocupa, el aficionado, el artista, el simple transeúnte, han podido apreciar tanto el trabajo de los plásticos peruanos de ayer y hoy cuanto las piezas representativas de algunos creadores extranjeros de calidad ejemplar. El balance del quehacer del Instituto de Arte Contemporáneo durante el año que acaba de fenecer basta para acreditar ampliamente su existencia: veinticinco exposiciones de pintores nacionales y extranjeros, varios concursos y tres muestras retrospectivas de artistas de desaparecidos, aparte de envíos al exterior (Bienal de Sao Paulo, Semana Peruana de Santiago de Chile, Museo de Gotemburgo) con vías a la difusión del arte local.

Hasta el momento —justo es decirlo— el Instituto de Arte Contemporáneo, cuya esencia no lucrativa es, por cierto, causa de la inestabilidad económica de que constantemente padece, ha cumplido sus objetivos gracias al celo de algunos buenos "amateurs", entre los cuales, en primer término, se encuentra Manuel Mujica Gallo. El hecho de que este generoso hombre de cultura presida aquel instituto ha garantizado hasta el presente su fecunda existencia, al punto de que su nombre se identifica entre nosotros, en lo que a preocupación desinteresada

y fervorosa por las artes se refiere, con el de la empresa a cuya cabeza se halla. Pero nadie que comprenda los alcances de la misión divulgatoria y educadora del Instituto de Arte Contemporáneo puede ser ajeno a la insoslayable necesidad que hay de que con Mujica y quienes lo acompañan en la dirección de esa ins-



titución participe el mayor número posible de personas que, por su sensibilidad y espíritu, conciben la vida como mucho más que una competencia por el éxito y la prosperidad materiales.

Todos debiéramos, como un habitual acto, leer libros, ir a los teatros, asistir a las exposiciones (y, a veces, por qué no, adquirir una tela para reemplazar con ella los generalmente absurdos cromos o estampas que afean las paredes de tantas casas limeñas), pues ello enriquece nuestro gusto y nos permite poner un poco de interés espiritual en la grisura cotidiana de nuestro tiempo. Cualquiera que se decida a conseguir un respiro así, lo encontrará: hay quienes, por pura vocación, se dedican al arte y procuran ofrecerlo a los demás sin egoísmo alguno, en la confianza de que se trata de un fruto des-

tinado a todos, abierto a la solicitud de los que ansían por medio de él mejorarse íntimamente, elevarse por sobre la no siempre grata realidad de todos los días. Ahí está, para eso, el Instituto de Arte Contemporáneo, cuya denominación no entraña ninguna exclusividad cronológica, sino que compendia la perspectiva desde la cual el hombre actual mira las creaciones estéticas coetáneas y las que la preceden. Pase el lector, si no lo ha hecho nunca, por las salas del jirón Ocoña, que, tal vez, encuentre ahí lo que siempre buscó y no pudo hallar.

Hace veinte o más años las pinturas y esculturas de los artistas peruanos eran poco menos que las obras de una imperdonable clandestinidad, no por culpa de sus autores, como es lógico, sino debido a la indiferencia del público que no veía en ellas sino el producto de una acción graciosa, gratuita e inútil. De aquellas fechas al presente se ha avanzado un poco, pero no todo lo que hace falta. Se impone incrementar el arte en la medida en que nos consideramos una nación culta, es decir, que aparte de su progreso material y cívico exhibe también, como muestra de que toma conciencia de sí misma, un patrimonio espiritual que, tal cual el del pasado remoto, la enorgullece. Una de las maneras de suscitar ese progreso es asociarse a entidades que como el Instituto de Arte Contemporáneo impulsan sin tregua la vida cultural. El cronista hace un llamado aquí a sus lectores en tal sentido, porque cree que así cumple un deber cuya fuerza obligatoria no es menor que la de los otros que rigen su vida personal y ciudadana.